El ejercicio de investigación como experiencia: notas para explorar la potencia crítica y creativa del quehacer científico

Ana Mines Cuenya[1]
Programa de Becas Posdoctorales, Universidad Nacional Autónoma de México
anamines@gmail.com

Resumen

El objetivo de este trabajo es reflexionar en torno a las potencialidades del ejercicio de investigar a partir de la noción de experiencia. La noción de experiencia es abordada desde su faceta vital, abierta, creativa e indeterminada. Pensar en los quehaceres investigativos a partir de allí, nos interroga respecto de la conexión entre los mundos que habitamos y quienes nos dedicamos a la investigación académica. Este planteo se hace eco de algunas de las tantas provocaciones elaboradas por epistemólogas feministas que se han preocupado por y ocupado de visibilizar problemas político-epistemológicos y confeccionar herramientas que revitalicen el ejercicio de una ciencia emancipadora. Para llevar adelante lo planteado, se identifican algunos antecedentes bibliográficos estrechamente vinculados con las problemáticas aquí propuestas y se definen y desarrollan cuatro notas teórico-prácticas. En la primera se reflexiona sobre problemáticas relacionadas con el ejercicio de dar forma a un problema de investigación, recuperando los debates sobre Naturaleza/Cultura. En la segunda se discuten los supuestos ontológicos generalmente tomados como dados en la definición de los problemas de investigación, así como las distintas aproximaciones epistemológicas empiristas y construccionistas que las abordan. En la tercera se propone pensar respecto de la naturaleza semiótico-material de la realidad, así como en la agencia de metáforas, categorías y objetos en los procesos de investigación. Finalmente, se reflexiona con la propuesta de "ciencia lenta" de Isabelle Stengers de cara a pensar en posibilidades prácticas para incorporar los aprendizajes de la experiencia en el desarrollo de quehaceres científicos capaces de aprender con, afectarse y dejarse instruir por el mundo que construyen en su andar.

Palabras clave: ejercicio de investigación, experiencia, conocimientos situados, conocimientos críticos, empirismo, construccionismo.

1 Programa de Becas Posdoctorales en la Universidad Nacional Autónoma de México. Becaria del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH), asesorada por la doctora Norma Blazquez Graf.

Abstract

The objective of this work is to reflect on the potentialities of the research exercise from the notion of experience. The concept of experience is approached from its vital, open, creative and indeterminate facet. Thinking about research work in these terms questions us regarding the connection between the worlds we inhabit and those of us who devote ourselves to academic research. This proposal echoes some of the many provocations made by feminist epistemologists who have been concerned with making political and epistemological problems visible and with creating tools that revitalise the exercise of an emancipatory science. To carry out this proposal, we identify some bibliographical antecedents closely related to the issues proposed and define four theoretical-practical notes. In the first one, we reflect on problematic issues related to the process of shaping a research problem. Drawing from the Nature/Culture debates, the second one discusses the ontological assumptions generally accepted in the definitions of the research problems as well as the empiricist and constructivist epistemological approaches that address them. In the third one, we propose to discuss the semiotic-material nature of reality, as well as the agency of the metaphors, categories and objects in the research processes. Finally, we in conjunction with Isabelle Stengers' proposal of "slow science" in order to think about the practical possibilities to incorporate what we learn from experience into the development of scientific endeavor capable of learning with, being affected by and letting itself be instructed by the world that is made through their practice.

Keywords: research exercise, experience, situated knowledge, critical knowledge, empiricism, constructionism.

Síntesis curricular: Ana Mines Cuenya es doctora en Ciencias Sociales por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Actualmente se desempeña como becaria posdoctoral en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH) de la UNAM. Sus áreas de interés son los estudios sobre la medicina y genética y sus relaciones con el género y la sexualidad. Entre sus últimas publicaciones se destaca el artículo "Actuaciones ginecológicas y urológicas en las redes sociotécnicas de abordaje del cáncer cérvicouterino y prostático. El ejercicio de definir, prevenir, diagnosticar y tratar estas enfermedades en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina" (en prensa) y el libro *Prácticas médico-clínicas y ontologías corporales: Sus relaciones en los campos de la ginecología, la urología y la sexología médica en Buenos Aires* (2023) publicado por la editorial Teseo.

Introducción

Quisiera comenzar este texto haciendo una pregunta a la y el potencial lectora y lector: ¿Qué es lo primero a lo que le remite la idea de 'experiencia'? En mi caso, esta pregunta aparentemente sencilla e inocente me conduce a una sucesión de ideas que no creo sencillas ni inocentes. Experiencia me hace pensar en cuerpos y sentidos, en algo que es singular, quizás único, sin retrotraerme a la idea de algo aislado ni individual. Por el contrario, me suena a algo que sucede con un contexto que genera sensaciones espe-

cíficas, así como posibilidades y limitaciones. También me hace pensar en experimentación, pero no como un ejercicio medido y controlado, sino al contrario, como algo riesgoso, de final abierto. Busco en un diccionario y allí dice que experiencia es sinónimo de "vivencia" (RAE, s.f. a), palabra que me resuena a algo precioso, no por lindo, sino por su singularidad. También me hace pensar en algo vivo. El diálogo mental continúa y vienen a mi cabeza los arrojos vitalistas de Nietzsche, recuperados por Canguilhem (2011) cuya lectura me ha marcado de una forma innegable. Una manera –quizás imprudente por lo rápida– de presentarlos sería diciendo que suponen una invitación a pensar lo vivo como un "modo", o sea, no como algo sustantivo, sino como un estado activo, en movimiento, hecho de impulsos que llevan hacia un intercambio incesante en tanto hay vida.

El objetivo de este trabajo es pensar al ejercicio de investigar a partir de la noción de experiencia, justamente porque creo que permite hacer foco en esa faceta vital, abierta y creativa conectándonos de una manera potente con nuestros mundos. Este intento se hace eco de algunas de las tantas provocaciones elaboradas por epistemólogas feministas que, atendiendo a distintas dimensiones, se han preocupado por y ocupado de visibilizar problemas político-epistemológicos y confeccionar herramientas que revitalicen los caminos hacia el ejercicio de una ciencia emancipadora (Blazquez, 2012; Fausto-Sterling, 2006; Fox, 1982; Haraway, 1995; Harding, 1997, entre otras). Ahora bien, la mención veloz y un tanto presuntuosa de 'ciencia emancipadora' obliga a una pausa. ¿Qué quiere decir eso? No pretendo elaborar una respuesta, sino convivir en una proximidad incómoda con ese interrogante en tanto mar de fondo enorme, necesario y enigmático, que por ahora me permite elaborar un puñado de reflexiones teóricas y prácticas y avanzar por un camino que no es recto.

En las últimas décadas, la producción de conocimiento académico –por no decir 'la academia'– ha recibido distintas críticas por parte de diversos movimientos sociales, feminismos y movimientos antirracistas, promoviendo debates que han revitalizado y revitalizan el quehacer investigativo (Díaz, 2018; hooks, 2021; Lorde, 1988; Pérez, 2019; Trebisacce, 2016, entre otros). Por ejemplo, la antropóloga argentina Catalina Trebisacce ha señalado los desafíos propios del ingreso del feminismo a la academia, en sus términos, ese proceso "supuso una traducción (y, por definición, traición) de la lengua tartamuda [propia de la creatividad política] al lenguaje científico" (2016, p. 287). Frente a ese movimiento, dice, "debemos agudizar la vigilancia epistémica, revisar los compromisos adquiridos por la institucionalización y abandonarlos cuando sea necesario para que se abra la posibilidad de que emerjan otros diagnósticos sobre la opresión hacia los sujetos subalternos" (Trebisacce, 2016, p. 293).

Otras indagaciones críticas en las que quisiera detenerme son las de la intelectual afroestadounidense bell hooks (2021), quien analiza el funcionamiento del racismo en las universidades norteamericanas –aunque lo expuesto no se limita a este país– y sus efectos conservadores. En sus palabras, "la universidad es básicamente un marco de trabajo conservador que a menudo inhibe la producción de pers-

pectivas diversas, de ideas nuevas y de estilos diferentes de pensamiento y escritura" (hooks, 2021, p. 28).

Parto del supuesto de que son muchas las puntas del ovillo que hacen a la potencia emancipadora del quehacer científico en general, y feminista en particular, pero que también son muchas las que influyen en su pérdida. Recuperando los términos de hooks, voy a seguir una de esas puntas contraponiendo a la idea de ciencia emancipadora la de conservadora. En un sentido literal, conservar está relacionado con mantener, repetir, hacer permanecer. En efecto, el problema de repetir y mantener inercialmente nuestros modos de investigar es que, justamente, permanecemos indiferentes frente a los desafíos propios de los mundos conflictivos, cambiantes y múltiples en los que vivimos, así como alejados y alejadas de las posibilidades de aprender de estos y revitalizar nuestros quehaceres científicos creativamente. Aquí es justamente donde creo que pensar la investigación como experiencia puede ser de utilidad.

Para desarrollar lo planteado he delineado cuatro 'notas'. Además de recuperar numerosos aportes teóricos y epistemológicos de diversos y diversas autores y autoras, cada nota supone el intento por traducir las inquietudes teóricas y epistemológicas en problemas prácticos, muchas veces presentes en el quehacer investigativo. En la primera nota se abordan problemáticas vinculadas al ejercicio de definir y dar forma a un problema de investigación. Para ello, se recupera el trabajo de la historiadora estadounidense Joan Scott, quien discute las formas en las que distintas corrientes de la historiografía han moldeado la noción de experiencia como objeto de investigación. En la segunda se discuten los supuestos ontológicos, muchas veces tácitos, presentes en las definiciones de las características y límites de los problemas de investigación; esos supuestos remiten a modos naturalizados de entender lo existente, definiciones frente a las que las políticas de conocimiento no son indiferentes. En este camino serán fundamentales los aportes de la epistemóloga norteamericana Donna Haraway y los del antropólogo francés, Bruno Latour. La tercera nota voltea su atención hacia aportes fundamentales de los conocimientos situados, propuestos por la citada Haraway, así como los análisis de la historiadora de la ciencia estadounidense Evelyn Fox Keller; me refiero a la agencia de metáforas, categorías y objetos en los procesos de investigación. En la cuarta y última nota vamos a retomar la propuesta de 'ciencia lenta', *slow science*, de la epistemóloga belga Isabelle Stengers para reflexionar sobre la desaceleración de los procesos investigativos en tanto posibilidad práctica para incorporar los aprendizajes que podrían venir con el ejercicio de investigación como experiencia.

Primera nota. Identificar o dar forma a un problema de investigación –a propósito de la noción de experiencia para la historiografía–

El texto *Experiencia* de Joan Scott, publicado por primera vez en 1991, conforma una referencia ineludible para las discusiones sobre la construcción de la experiencia como objeto de análisis de la historiografía. El trabajo

inicia con una minuciosa reflexión respecto del "problema de escribir la historia de la diferencia" (Scott, 2001, p. 43) pues la disciplina en cuestión, así como cualquier campo de conocimiento formal, no escapa del funcionamiento de distintas normas que establecen y dan forma a lo hegemónico y visible, al mismo tiempo que ubican a determinados grupos y vidas en las sombras de la existencia.

Haciendo una descripción caricaturesca pero útil, podríamos decir que la Historia ha puesto prioritariamente sobre la mesa a los relatos del Hombre –blanco, propietario y heterosexual– y a los procesos de la Política. Las mayúsculas vienen a destacar la pretensión de universalidad de los términos, ya que Hombre engloba a lo Humano y Política a los procesos de organización de la vida social que lleva adelante el Hombre, los cuales son registrados por la Historia.

En este marco, la historia de la diferencia supuso un quiebre político-epistemológico crucial en tanto que demostró que el pasado no tiene características unívocas, multiplicando, a su vez, las experiencias susceptibles de conformarse como objeto de esta disciplina. Este esfuerzo teórico y metodológico fue orientado a dar entidad a la existencia de otredades que hasta entonces no habían sido registradas por la labor historiográfica, es decir, trayectorias, vidas y grupos que estaban en las sombras y que adquirieron visibilidad a través de la maquinaria iluminadora de la historiografía. En ese quiebre se pueden ubicar, por ejemplo, a la historia de las mujeres, de los homosexuales, de las personas negras y de lo que muchas veces se engloba como "minorías" –aunque no lo sean–.

Creo que hay al menos dos cuestiones fundamentales en los señalamientos de Scott respecto de la historia de la diferencia. La primera remite a las consecuencias epistemológicas de la puesta en crisis de las nociones predominantes que otrora organizaron las maneras de investigar. En vez de una perspectiva única, ahora se asume su pluralidad. La segunda refiere a la multiplicación de experiencias, relatos y sujetos en el relato historiográfico, vinculada, entre otras cuestiones, a la multiplicación de preguntas de investigación que ya no asumen la existencia unívoca de los procesos históricos, otorgando, al mismo tiempo, entidad a lo que había sido ocultado del relato académico respecto del pasado.

Scott no escatima en señalar la relevancia de la crisis del punto de vista único –y totalitario– de la historiografía hegemónica, sin embargo, su análisis va bastante más allá. Su propósito es problematizar los supuestos que descansan sobre una noción de experiencia definida por las coordenadas visibilidad/invisibilidad para indagar, más bien, en su genealogía y naturaleza. En efecto, asumir que el problema de las experiencias otras es un asunto de visibilidad, nos deja indiferentes respecto de preguntas fundamentales como 'qué' es la experiencia, objeto de investigación de la historiografía, y 'cómo llega a conformarse' como tal.

Según Scott, una aproximación que asume como dada la existencia de la experiencia y que circunscribe el problema a la visibilidad/invisibilidad de los fenómenos, reproduce presupuestos ontológicos y epistemológicos comu-

nes a la historiografía hegemónica y a aquellos enfoques que se esfuerzan por visibilizar la existencia de otredades. Pues, así comprendida –o asumida– la experiencia supone una evidencia incontrovertible, un punto originario para cualquier explicación y fundamento inapelable del análisis. En términos de Latour (2004), podríamos decir que esta construcción de la experiencia como objeto de estudio hace de la misma un "asunto de hecho", es decir, algo dado, de características transcendentales, que se ilumina o no, premisa que clausura posibles inquietudes respecto de la naturaleza contingente de los procesos que la hicieron posible. Un efecto de esta clausura es la naturalización y reproducción de sistemas ideológicos y categorías de representación con las que se abordan esas otredades –que ahora sí aparecen en los relatos– tales como homosexual/heterosexual, hombre/mujer o negro/blanco, dejando de lado el hecho de que estas identidades no preexisten a las condiciones históricas y políticas en las que tienen lugar (Scott, 2001).

Las clausuras implicadas en la asunción de la experiencia como asunto, de hecho empobrecen lo que esta categoría podría enseñarnos. Al dejar de lado preguntas acerca de su construcción, acerca de cómo se estructura nuestra visión en su abordaje y de cómo los sujetos se convierten en diferentes, el impulso crítico de la historia de la diferencia pierde fuerza. Este postulado es, a mi entender, una de las principales provocaciones del análisis de Scott. Provocación que, a su vez, viene acompañada de una propuesta: hacer de la dimensión ontológica de la experiencia algo a ser problematizado o, en términos de Latour, un "asunto de preocupación/opción", *matter of concern*. Este otro camino nos conduce a la formulación de preguntas nutritivas para un quehacer historiográfico –y científico– dispuesto a suspender las premisas apriorísticas que limitan su capacidad de análisis crítico. Algunas de esas preguntas, en palabras de la propia Scott, son:

> ¿Cómo es que las categorías de representación y análisis –como la clase, el género, las relaciones de producción, la biología, la identidad, la subjetividad, la agencia, la experiencia incluso la cultura– han logrado su estatus como fundamento? ¿Cuáles han sido los efectos de sus articulaciones? ¿Qué significa para los historiadores estudiar el pasado en los términos de estas categorías, y para los individuos pensar en sí mismos en estos términos? (2001, p. 71)

En tanto asunto de preocupación/opción, la experiencia no conforma un punto cero u origen dado y neutral sino, por el contrario, aquello que el proceso de investigación debe analizar y explicar. Lo que se está proponiendo, en otras palabras, es que el análisis de la experiencia como objeto de investigación incluya el análisis de las maneras en las que la naturaleza, características y términos de ese objeto se conforman como tales.

Una idea fundamental del trabajo de Scott es que ningún problema de investigación es autoevidente ni yace en el mundo de manera pasiva esperando ser descubierto por quien investiga. Ahora bien, tal como iremos ampliando en las siguientes notas, esta afirmación no quiere

decir que los problemas de investigación sean resultado de la mera construcción de quien investiga. Quiere decir, más bien, que los mismos resultan del diálogo entre los supuestos ontológicos en los que se sustentan esos problemas, las categorías que utilizamos y sus efectos, las preguntas que nos hacemos, las singularidades de los cuerpos, artefactos, rastros, vestigios, archivos y otros tipos materialidades –siempre semióticas– consideradas en la definición de esos problemas. Como señala Scott, el historiador y la historiadora no ejercen un rol neutral en la definición de un problema ni en la manera en la que se lo investiga:

> La elección de a qué categoría se le da historicidad es inevitablemente política y está atada al reconocimiento del historiador en su parte de la producción de conocimiento. (...) Este acercamiento no hace a un lado la política negando la existencia de los sujetos, sino que interroga a los procesos de creación de éstos, y al hacerlo reconfigura la historia y el papel del historiador, y abre nuevas maneras de pensar acerca del cambio. (2001, p. 73)

Resumiendo, la definición de un problema de investigación, tal como lo es la experiencia para la historiografía, no supone la identificación y visibilización de un asunto dado. Por el contrario, resulta de las conexiones –y sus efectos– entre quien investiga, sus presupuestos ontológicos y políticos, las categorías que utiliza y los agentes semióticos y materiales vinculados al problema y su abordaje. La dimensión práctica y política en la elaboración de un problema de investigación remite entonces al trabajo artesanal de identificar y articular esas conexiones.

Siguiendo a Haraway, podemos decir que es en las características de esos vínculos, en la participación –o exclusión– de agentes materiales y semióticos donde yacen desafíos y oportunidades políticas, es decir, posibilidades de abrir otros horizontes. Inspirada en bell hooks, Haraway subraya la importancia de conectar las disputas respecto de lo que se incluye y excluye de esas conexiones con el "anhelo de [otros] mundos posibles" (2004, p. 153). A mi entender, preguntarnos cuáles y cómo son las conexiones que sostienen a nuestros problemas de investigación, qué se incluye/excluye en su definición y con qué tipo de horizontes políticos nos compromete, conforman interrogantes fundamentales a los que debemos atender de manera consciente en nuestro quehacer investigativo.

Segunda nota. Sobre los límites ontológicos de un problema de investigación, ¿que está –y qué podría estar– dado en la experiencia?

El objetivo de esta nota es volver a la idea de experiencia como vivencia para preguntarnos por los límites ontológicos de aquello que se considera e incluye en la construcción de un problema de investigación. Para ello, propongo adentrarnos en algunos aspectos clave de los debates sobre Naturaleza y Cultura y empirismo y construccionismo, fundamentales en las producciones académicas occidentales.

Si estamos de acuerdo con que la idea de experiencia se vincula con la noción de vivencia y, al mismo tiempo, con las condiciones de apertura e intercambio que conlleva, me pregunto, ¿qué tipos de problemas de investigación podríamos construir si atendiéramos a lo que nos enseña la experiencia? ¿Quiénes y qué cosas participarían? ¿De qué maneras nuestras vivencias son moldeadas –y limitadas– por definiciones apriorísticas? ¿Corremos riesgos al abrir nuestros esquemas de pensamiento a aquello que nos podría brindar la experiencia? ¿Cómo son esos riesgos? Pensar la construcción de problemas en términos de apertura e intercambio 'con' eso que investigamos, ¿podría ayudarnos a recorrer caminos más creativos y políticamente potentes? En otras palabras, ¿contribuiría al ejercicio de una ciencia emancipadora?

En un texto muy sugerente, el cual ha inspirado el título de esta nota,[2] Latour (2005) se pregunta por aquello que está dado en la experiencia. A pesar de parecer simple, se trata de un interrogante sumamente complejo, el cual se refiere, al menos en parte, a las maneras en las que experimentamos y organizamos el mundo del que somos parte. Una idea central del texto es la de bifurcación, acuñada por Whitehead y trabajada en profundidad por Isabelle Stengers (2020). Esta idea refiere, con una sutileza crítica inspiradora, al problema de la división entre aquello que 'es' y aquello que 'percibimos', división que, con otros clivajes, es próxima a las lógicas de la división Naturaleza/Cultura.

Algunos de los problemas que subyacen en estos debates refieren, por un lado, a producción y funcionamiento de dos órdenes ontológicos estrictamente diferenciados entre sí –por ejemplo, Naturaleza/Cultura, Sexo/Género o Cuerpo/Mente–. Por otro lado, a la existencia de dos tipos de realidades, aquellas existentes en sí mismas, objetivas, dadas, y aquellas que son construidas, relativas a su contexto. También refieren a las relaciones entre estos ordenamientos dicotómicos y mutuamente excluyentes y a las formas de organizar el conocimiento con las que estos se relacionan. En este último punto aparecen, por ejemplo, la diferenciación de campos disciplinarios tales como la Sociología, que estudia 'lo social', y la Biología, que estudia 'lo biológico', así como las perspectivas epistemológicas empiristas y construccionistas.

En términos generales, es posible identificar continuidad entre las disciplinas que estudian el mundo de la Naturaleza y las aproximaciones empiristas y aquellas que estudian la Cultura con las perspectivas construccionistas. Sin embargo, el par dado/construido forma parte de discusiones que no son ajenas ni a las ciencias biológicas ni sociales, como tampoco al feminismo (Blazquez, 2012; Latour, 2004). El asunto aquí, creo, no es ubicar identificaciones lineales entre estos términos, sino analizar las maneras en las que estos binomios funcionan productivamente organizando parte de nuestros vínculos con el mundo, separando la hibridez, mixtura y contaminación propia de la experiencia en términos purificados (Latour, 2007).

2 Me refiero a *¿Qué está dado en la experiencia? Reseña a Pensar con Whitehead, de Isabelle Stengers* (Latour, 2005).

En un texto titulado "'Género' para un diccionario marxista: la política sexual de una palabra", Haraway (1995) problematiza las maneras en las que la división Sexo/Género ha dado forma a las formas en las que entendemos y analizamos el Sexo/Naturaleza y al Género/Cultura. Mientras el primero formaría parte de una realidad universalmente regular y objetiva a la que acceden y sobre la que intervienen expertos y expertas en Biología y Medicina, el segundo sería campo de debate e intervención de la Política Feminista y las Ciencias Sociales. Sin embargo, el sostenimiento de esos dos órdenes como radicalmente distintos e indiferentes entre sí, no supone un punto de partida sino, más bien, la consecuencia de múltiples y numerosas prácticas de diferenciación propias del mundo moderno occidental (Haraway, 1995, 2004; Latour, 2005, 2007).

Si pensamos en nuestras experiencias como personas generizadas, seguramente no podamos establecer diferenciaciones taxativas respecto de la materialidad de nuestros cuerpos, la materialidad de los objetos a través de los cuales esa generización se moldea –ropa, cosméticos, kits de entrenamiento u hormonas sintéticas, por mencionar algunos– y las maneras en las que vivimos con y a través de ellos. Cuando se plantea un problema de investigación respecto del género, sin considerar el sexo, estamos estableciendo una partición, una bifurcación de la realidad que, en verdad, es menos propia de la realidad, que resultado de los múltiples esfuerzos realizados por establecerla y mantenerla.

Recuperando los aportes de distintos trabajos (Barad, 1998, 2014; Pedersen, 2012; Savransky y Pinho, 2020) propongo pensar que los supuestos que asumimos respecto de la realidad, su naturaleza y funcionamiento no son indiferentes a las políticas de conocimiento que les damos. En efecto, las aproximaciones empiristas y construccionistas sobre las que tanto se ha discutido (Blazquez, 2012; Haraway, 1995, 2004, 2018; Latour, 2001, 2004, 2007; Stengers, 2019) guardan estrecha relación con supuestos ontológicos sobre las que se sustentan.

Las aproximaciones empiristas reproducen, al menos en parte, el problema analizado en la nota anterior, es decir, asumen que los problemas de investigación están ahí, de hecho, propensos a ser descubiertos. En ese caso, se trataría de realidades unívocas y accesibles de manera directa, sin mediación. Dado el carácter trascendente de la realidad, el empirismo presupone su accesibilidad desde una mirada ubicua. Como afirma Norma Blazquez Graf, "en el empirismo se presupone un sujeto de conocimiento políticamente neutral y no situado" (2012, p. 36).

Veamos un ejemplo: Haraway (2004, 2018) analiza las relaciones entre lo que llama un "empirismo ingenuo" y la existencia autotélica de los genes en tanto expresión de "la vida misma". A pesar de esta presentación, lo cierto es que los genes no existen ni funcionan de manera autosuficiente ni aislada, nunca están solos, ni tampoco conforman una unidad independiente respecto de lo vivo. Por el contrario, forman parte de complejos sistemas que tienen lugar en el genoma y en el núcleo de una célula en los que, además, participan proteínas, enzimas y distintos organelos celulares. De hecho, si ampliamos nuestra mirada, el funcionami-

ento de los genes se relacionará con la reproducción celular que tiene lugar en los órganos, los cuales no existirían fuera de los cuerpos de múltiples especies que, a su vez, viven en codependencia entre sí y en relación con el medio[3] en el que habitan.[4] Asimismo, la existencia de un gen en un laboratorio no se sostiene por el propio gen, sino por las interacciones entre las múltiples materialidades –mobiliarios e instrumentos de laboratorio–, las prácticas humanas –los profesionales del laboratorio– y categorías –gen, genoma, mapa, código, etcétera– que le dan sustento.

Para analizar las relaciones entre empirismo ingenuo y los genes, Haraway se alía con Marx recuperando su análisis del fetichismo de la mercancía. Marx afirma que la operación fetichista consiste en obliterar las numerosas relaciones sociales –de explotación– que hacen posible la existencia e intercambio de mercancías. Haraway retoma esa idea para indagar en los procesos vinculados a la producción de realidades autoevidentes y no mediadas, indiferentes a sus contextos históricos y a las relaciones de poder, poniendo el foco en los mecanismos que sustentan a ese empirismo literal. Para ello, señala que las operaciones fetichistas no solo ocultan las relaciones sociales que las hacen posibles, sino también la participación de no humanos, entre los cuales se encuentran entidades semióticas y materiales de distinto tipo.[5]

Pasemos ahora a la contracara del empirismo: el construccionismo. ¿Qué supone este tipo de aproximación? Dando una respuesta caricaturesca, pero no por ello menos extendida, podríamos decir que esta perspectiva presupone que la realidad es una construcción, pero no una construcción cualquiera sino mera construcción, es decir, efecto de procesos que, de alterarse, alterarían la propia realidad de la cual es consecuencia. Este tipo de perspectivas promueve el análisis de, por ejemplo, el funcionamiento de las normas sociales, el poder, los procesos de naturalización, la deconstrucción y, sobre todo, las representaciones sociales de esa realidad distante, ahora aparentemente anecdótica. El uso extendido, repetitivo y a veces irreflexivo de estas categorías que ocupan un lugar central en buena parte de los quehaceres de las Ciencias Sociales, ¿conforman nuestros límites onto-epistemológicos? ¿Nos permiten discutir la realidad? ¿O son un síntoma de nuestra lejanía? ¿Es posible una ciencia emancipadora que no discuta las realidades sino a sus representaciones?

En el citado texto "'Género' para un diccionario marxista...", Haraway (1995) señala que las aproximaciones construccionistas, incluso aquellas que tuvieron pregnancia en las ciencias médicas y biológicas, tuvieron un importante auge a partir de la segunda mitad del siglo pasado en tanto respuesta a los horrores causados por los determinismos biológicos

3 Para problematizar la idea de "medio" se recomienda la lectura de Despret (2018).

4 Los actores puestos en consideración en las tramas de codependencia podrían ser muchísimos. Dónde establecer el corte, es una de las tantas decisiones de quien investiga, cuya explicitación y justificación redundará en la calidad y rigurosidad de su trabajo.

5 Este asunto será objeto de reflexiones de la tercera nota.

promovidos por el régimen Nazi. El peligro de dar un salto tan radical hacia la cara construccionista es que, a pesar de sus nobles intenciones, esta perspectiva acaba estableciendo continuidades con los problemas de la literalidad y desconexión del empirismo (Haraway, 1995; Latour, 2001, 2004).

Pues, por un lado, abona a la idea de una Naturaleza *tabula rasa*, pasiva y susceptible de ser modelada por efectos de procesos culturales, sobre los que sí se puede actuar políticamente. Al respecto, Anne Fausto-Sterling (2006) emitió una alerta señalando que mientras los feminismos construccionistas se limitan a las discusiones respecto de las representaciones y el poder, las corporaciones biotecnológicas, farmacéuticas e incluso la Iglesia católica, continúan elaborando definiciones e interviniendo sobre las biologías de humanos y no humanos. Por otro lado, creo que debe llamarnos la atención la facilidad y eficiencia con las que las aproximaciones construccionistas han sido ocupadas por discursos y prácticas de ultraderecha y la multiplicación de aquello que se dio a llamar "postverdad", es decir, la proliferación de discursos –muchas veces de características solipsistas– desanclados de su dimensión empírica (Forti, 2022; Lander y Lang, 2022).

Haraway lanza una pregunta que considero sumamente pertinente, "desde la perspectiva construccionista, ¿por qué deberíamos sentirnos intimidadas por las descripciones de los científicos sobre sus actividades y sus logros? Tanto ellos como sus patrones tienen un enorme interés en lanzarnos arena a los ojos" (1995, p. 315). A este interrogante respecto de los científicos creo que deberíamos agregar a las ultraderechas pues, en tanto que abandonan las disputas por el conocimiento de la materialidad de los procesos, las aproximaciones construccionistas de este tipo opacan la potencia política de las ciencias.

¿Podemos seguir asumiendo, a pesar de todo, que lo más potente de nuestra crítica es señalar una y otra vez el carácter construido de las cosas? La irreflexividad respecto de nuestras herramientas supuestamente críticas nos deja empantanados y empantanadas en los terrenos densos, pegajosos y agonísticos de un relativismo que, finalmente, se aleja y elude del mundo. Decir que todo es efecto del poder es posible solo en tanto nos mantenemos en la comodidad de nuestras casas disciplinarias, sostenidas por los cimientos de definiciones purificadas y naturalizadas que, al fin del día, se muestran impotentes para establecer diálogos con la proliferación de híbridos que caracteriza al mundo.

Construccionismo y empirismo presuponen realidades ajenas y exteriores a un sujeto 'cognoscente', operario autoritario de las palancas que dirigen la maquinaria de producción del conocimiento. Como dice Haraway:

> [L]a alternativa al relativismo no es totalización y visión única, que es siempre finalmente la categoría no marcada cuyo poder depende de una estrechez y oscurecimiento sistemáticos. (...). El relativismo [construccionista] es una manera de no estar en ningún sitio mientras se pretende igualmente estar en

> todas partes. (...). El relativismo es el perfecto espejo gemelo de la totalización en las ideologías de la objetividad. Ambos niegan las apuestas en la localización, en la encamación y en la perspectiva parcial, ambos impiden ver bien. El relativismo y la totalización son ambos "trucos divinos" que prometen, al mismo tiempo y en su totalidad, la visión desde todas las posiciones y desde ningún lugar, mitos comunes en la retórica que rodea a la Ciencia. (1995, p. 329)

Frente a la ubicuidad irresponsable de los trucos divinos, empiristas y construccionistas, Haraway propone avanzar en esquemas de conocimientos que asuman la responsabilidad que conlleva una localización, su parcialidad, así como la participación, siempre activa, de las realidades 'con' –y no a– las que se investiga: estos son los famosos "conocimientos situados", en los términos que estamos trabajando en este texto, conocimientos hechos en y desde la experiencia.

El giro que acabamos de hacer nos libera de las pesadas mochilas en las que venían realidades organizadas en cómodas estanterías catalogadas con rótulos que vienen impresos de no sabemos dónde, así como de los manuales desgastados que usamos una y otra vez sin preguntarnos por qué, mientras permanecemos en el encierro de las paredes que resguardan nuestras disciplinas. Tal como dice Haraway, "tanto las personas como las cosas son más interesantes y extrañas. Tanto las personas como las cosas poseen la cualidad de irreductibles que resiste categorías y proyectos de todo tipo. El anhelo se alimenta de los espacios que dejan las categorías y de la extraña vivacidad de los signos" (2004, p. 155).

La invitación entonces es a abandonar los asuntos de hecho y sus ontologías apriorísticas y purificadas y a abrazar los esfuerzos y las responsabilidades que suponen construir problemas de investigación en tanto asuntos de preocupación/opción. En términos de Stengers, "lo propio de un *matter of concern* es excluir la idea de 'la' buena solución, e imponer elecciones a menudo difíciles, que exigen un proceso de vacilación, de concentración y de mucha atención" (2019, p. 6).

En otras palabras, la propuesta consiste en respirar hondo, juntar coraje para abrir la puerta y salir un poco a la intemperie, refrescarnos con el desconcierto, la angustia y la esperanza de las realidades complejas, abiertas y contaminadas que habitan el mundo. Salir a despeinarnos con los vientos, a mojarnos con las lluvias o a sudar con las temperaturas de ese afuera, depende del día. La experiencia no está exenta de riesgos, habrá que aprender cuál es la ropa apropiada y, seguramente, más de una vez no podamos evitar mojarnos.

Tercera nota. Respecto de la agencia de metáforas, categorías y objetos

Venimos recorriendo un camino que al menos para mí ha sido arduo, en subida. Pero hemos logrado salir de las sendas más asfixiantes y arribar a un lugar en el que se puede respirar

mejor. Hemos perdido buena parte del pesado abrigo disciplinario y, a pesar de los miedos, la ligereza se siente bien. Ahora, es momento de hacer una pausa para pensar cuáles y cómo son las herramientas que nos pueden ayudar a continuar. Al menos yo no quisiera volver a cargarme de mochilas llenas de herramientas maltrechas de utilidad dudosa. Toca agudizar los sentidos para buscar y elegir aquellas que nos ayuden con las conexiones que importan sin dejar de preguntarnos por qué y a quién (Haraway, 2004).

Muchas veces se citan a los "conocimientos situados" de Haraway para acompañar la declaración del posicionamiento político-epistemológico de quién escribe, pero pocas veces se retoman también las cuestiones metodológicas del planteo de esta autora que, al menos yo, encuentro cruciales. Me refiero al análisis de la materialidad de las metáforas, de las categorías como tecnologías de visión y la agencia de los objetos.

El libro *Lenguaje y vida: metáforas de la biología en el siglo XX* de Evelyn Fox Keller comienza haciendo una reseña de lo que se conoce como "performatividad del lenguaje". Esta idea refiere a que el lenguaje no solo denota o representa, sino que prescribe, es decir, delimita e incluso da forma en tanto que forma parte de las maneras en las que estructuramos y construimos nuestros mundos tan simbólicos como materiales. Desde esta perspectiva, no es posible –ni deseable– separar lo semiótico de lo material, como tampoco lo era separar la naturaleza de la cultura: se trata de órdenes que vienen juntos y entreverados. Por eso Haraway, quien también utiliza las ideas de la performatividad del lenguaje, propone hablar de lo 'semiótico-material' así como de las 'naturoculturas'. La siguiente expresión de Whitehead, "incluso un átomo es un *punto de vista*, es decir, incluso *un átomo es* un punto de vista" (como se citó en Latour, 2004, p. 232) da cuenta de la inseparabilidad de estos órdenes.

Acudo una vez más al diccionario y busco 'metáfora': "Traslación del sentido recto de una voz a otro figurado, en virtud de una comparación tácita, como en las perlas del rocío, la primavera de la vida o refrenar las pasiones" (RAE, s.f. b). Vuelvo al ejemplo de los estudios en genética y pienso en 'códigos', 'mapas', 'comunicación'. Fox Keller menciona con ironía a la metáfora de la "bella durmiente" utilizada durante años para referirse a los óvulos que supuestamente flotaban a la espera de ser fecundados por viriles espermatozoides.

Los ámbitos científicos están llenos de metáforas, pululan por doquier, pero no como una peste que hay que erradicar, sino como parte de aquello que se pone en juego en el proceso de experimentar 'con' el mundo. No se trata de extirpar las metáforas, sino de confeccionar y elegir cuáles, o sea, utilizar aquellas que son más productivas y que promueven relaciones más próximas, creativas y generosas con el proceso de producción de conocimiento. En efecto, negociar el viaje metafórico es un trabajo tan importante, como peligroso (Haraway, 2004).

El lenguaje y sus efectos performativos también están presentes en la elaboración de las categorías con las que intentamos aproximar-

nos y describir procesos. Por ejemplo, cuando establecemos tipologías, sean de enfermedades, de moléculas o de condiciones de trabajo, estamos organizando, jerarquizando, incluyendo y excluyendo lo que forma parte y lo que queda afuera de los procesos que describimos. Ninguna categoría es universal ni representa de manera ingenua; son parciales, localizadas y producen efectos performativos. Reconocer esto no hace a la ciencia menos seria, al contrario, la carga de rigurosidad al mismo tiempo que da potencia crítica, ya que nos permite conectarnos, en cercanía, con un proceso en particular.

Situar la producción de conocimientos no supone solamente una declaración de principios, implica también dar cuenta del proceso artesanal y relacional de elaboración de categorías de análisis, así como de sus efectos materiales. Con esto quiero decir, además, que las categorías no se elaboran en abstracto. Pues, aquellas que tienen mayor potencia de descripción e intervención son las que están, al decir de Stengers, amarradas a los procesos que describen y diálogo abierto con estos.

Además de metáforas y categorías –¿existen categorías que no sean metáforas?– entre nuestras herramientas necesitamos de artefactos. En efecto, si miramos a nuestro alrededor, seguramente notamos que estamos rodeadas y rodeados de estos. ¿Qué sería de nuestros quehaceres sin la ayuda de los objetos? En las prácticas científicas solemos hacer y ver a través de objetos. Pienso, por ejemplo, en microscopios, termómetros, reglas para medir, guías de historia clínica, grabadores de voz, hojas con guías de preguntas para realizar entrevistas o grillas llenas de categorías en las que se vuelca la información. Cualquiera de esos instrumentos conlleva unidades de medida y escalas, forman parte de una red de actores que, junto con humanos, otros no humanos y metáforas, producen conocimiento riguroso y parcial. En palabras de Haraway:

> Los “ojos” disponibles en las modernas ciencias tecnológicas pulverizan cualquier idea de visión pasiva. Estos artefactos protésicos nos enseñan que todos los ojos, incluidos los nuestros, son sistemas perceptivos activos que construyen traducciones y maneras específicas de ver, es decir, formas de vida. No existen fotografías no mediadas ni cámaras oscuras pasivas en las versiones científicas de cuerpos y máquinas, sino solamente posibilidades visuales altamente específicas, cada una de ellas con una manera parcial, activa y maravillosamente detallada de mundos que se organizan. (1995, p. 327)

Señalar la relevancia de los objetos es una invitación a pensar en su naturaleza y en las formas en las que inciden. Ningún objeto, sea utilizado en Física, Química, Antropología o Sociología, puede reducirse a un mero producto discursivo o a una materialidad inocua. Por ello afirmo que se trata de objetos/agentes: arrastramos un lastre antropocentrista cuando asumimos que solamente los humanos ejercemos un rol activo y que los materiales de nuestro alrededor son un recurso inerte. Sin embargo, el mundo no se reduce a materia prima dispuesta para la colonización humana.

Las versiones de un mundo 'real' no dependen, como ya dijimos, de una lógica de 'descubrimiento', por el contrario, suponen una relación y una conversación cargada de poder. Entonces, ¿qué pasaría si asumimos el rol activo de los objetos con los que trabajamos? Seguramente nos moveríamos de una manera más delicada y lenta, prestando atención minuciosa a los distintos actores que están participando del proceso. Un buen ejemplo son los aparatos que se utilizan para realizar estudios de salud en el proceso de elaboración de un diagnóstico médico. Cada estudio e intervención produce información parcial cuya sumatoria no remite necesariamente a la elaboración certera y rápida de un diagnóstico. Por el contrario, a veces hasta puede entorpecerlo.

La intervención científica en el mundo es un ejercicio colectivo en donde participamos humanos y no humanos. Esta perspectiva nos ayuda a entender que el hecho de definir qué actores participan, cómo lo hacen, así como considerar las conexiones que promueven, son decisiones clave en el proceso de investigación.

Cuarta nota. Una 'ciencia lenta' para incorporar la potencia de la experiencia

¿Cuál es el tiempo de la ciencia? ¿Y su velocidad? El valor de estas preguntas no radica en su respuesta sino, creo, en hacernos pensar respecto de los tiempos y velocidades en los que llevamos adelante nuestras labores. El problema de lo veloz es que muchas veces obtura la posibilidad del interrogante, del extrañamiento. Por eso, Isabelle Stengers (2014, 2019; Stengers y Pignard, 2017) nos propone desacelerar y desarrollar lo que define como ciencia lenta.

En su libro *Otra ciencia es posible…* Stengers (2019) se mete en los problemas vinculados con las condiciones en las que se desarrolla buena parte del quehacer científico en las instituciones occidentales. Me refiero al asunto de las fuentes de financiamiento, a las condiciones políticas, burocráticas y administrativas de la actividad científica en el marco del Estado, a los vínculos con el sector privado, al rol de las asociaciones de pares –las cuales a veces actúan como corporaciones–, las dinámicas de evaluación –especialmente la proliferación de las referencias *fast food*– y a las dinámicas de publicación, acreditación y, de nuevo, a la búsqueda de financiamiento. Stengers (2019) dice que se trata de un sistema que nos intoxica y enferma al punto de que normalizamos la enfermedad que nos impide pensar. Al menos a mí, esta descripción me resulta angustiante, pero más lo es la resignación.

Abrirnos a la experiencia nos haría pensar, 'pensar', parece obvio, pero no. De hecho, es realmente difícil pensar cuando, en verdad, al menos las generaciones más jóvenes de científicos y científicas nos encontramos corriendo detrás de convocatorias, intentando (sobre) adaptarnos a las condiciones epistemológicas y administrativas impuestas para encajar en los perfiles de determinados llamados, trabajando en condiciones precarias, cuando no, poliempleados y poliempleadas. Estamos dentro de una maquinaria que imprime demasiada lógica burocrática en lo que hacemos, que nos premia cuando más nos adaptamos y que nos pone el

camino cuesta arriba cuando no lo hacemos. La eficacia de la maquinaria radica, al menos parcialmente, en hacernos parte de dispositivos que nos restan capacidad para reparar en aquello que anhelamos y que nos hace falta. Desacelerar podría darnos la oportunidad de sentir, experimentar y pensar. En palabras de Stengers:

> Se trata de desaprender la resignación más o menos cínica (...) y de volver a ser sensibles [recuperando historias que podemos heredar] a lo que tal vez sabemos, pero de modo anestesiado. Es aquí donde la palabra lentitud, tal como es utilizada por todos los movimientos *slow* es adecuada: la rapidez requiere y crea la insensibilidad a todo lo que se podría desacelerar, a las fricciones, frotamientos, vacilaciones que hacen sentir que no estamos solos en el mundo; desacelerar es volver a ser capaces de aprender, de hacer conocimientos con algo, de reconocer que nos tiene y que nos hace tener, de pensar y de imaginar y, en el mismo proceso, de crear relaciones con otros que no sean de captura (...) para reaprender unos con otros, por los otros, gracias a los otros, lo que requiere una vida digna de ser vivida, conocimientos dignos de ser cultivados. (2019, p. 95)

Poner en práctica una ciencia lenta es un ejercicio político, conlleva la decisión consciente de desacelerar en pos de una actitud meticulosa, sensible y crítica respecto de nuestras condiciones de trabajo, de las relaciones que establecemos y sus límites –que, como ya vimos, excede a los humanos–. Supone animarnos a hacer las preguntas del idiota, dice Stengers (2014) citando a Deleuze, es decir, esas preguntas que no dan cosas por sentadas, que se animan a interrogar sin sonrojarse frente a lo obvio. Los modos en los que trabajamos no son ajenos a las dificultades y límites con los que nos topamos para producir "conocimientos dignos de ser cultivados".

Desacelerar, experimentar y pensar son actitudes clave para desmenuzar las fibras apriorísticas que sujetan aspectos supuestamente fundantes de los procesos que estudiamos y que, como vimos, nos alejan del mundo. Se trata de prácticas que ralentizan "por un lado, para interrogarse por los presupuestos teóricos y metodológicos que conllevan de manera tácita nuestras maneras de definir y abordar aquello que investigamos. Por otro lado, para atender y aprender de los efectos de su quehacer" (Mines, 2022, p. 32).

Una ciencia lenta nos permite asumir un posicionamiento ecológico, es decir, un posicionamiento poroso, abierto y en diálogo con todo eso que produce efectos a nuestro alrededor. Una perspectiva ecológica nos impulsa a rastrear asociaciones, asumiendo que las cosas son 'en' sus relaciones. Por eso la experiencia, siempre ecológica, no nos lleva a detectar un algo y luego identificarlo en un contexto ontológicamente accesorio y exterior a este. "Consiste más bien en pensar ese algo *con* su entorno" (Mines, 2022, p. 39, destacado agregado).

La ciencia lenta no corre contra el tiempo, sino que lo hace su aliado en tanto podría permitirnos tomar las herramientas de la experiencia para refrescar nuestro trabajo científico a través del riesgo de desaprender y reaprender. En términos de bell hooks (2021), la experiencia podría ser pensada como una pedagogía crítica preocupada por crear estrategias que nos posibiliten descolonizar nuestras mentes, identificar lo que nos intoxica, sacudirnos de las costras epistemológicas y animarnos a pensar, de verdad, que "otra ciencia es posible". Parte de ese impulso venga, quizás, de tomarnos en serio, al decir de Latour, que la ciencia no es solamente algo que sucede en el mundo, sino también algo que le sucede al mundo, un diálogo lleno de efectos.

Reflexiones finales. La investigación como experiencia: apertura, riesgo y aprendizaje

A lo largo del trabajo hemos reflexionado sobre cuestiones vinculadas al ejercicio de dar forma a un problema de investigación, los supuestos respecto de las realidades presentes en las definiciones de la investigación, así como en el establecimiento de sus características y límites. También hemos dirigido nuestra atención hacia la agencia de metáforas, categorías y objetos en esos procesos de investigación; finalmente, hemos retomado la propuesta de 'ciencia lenta' de Isabelle Stengers para reflexionar sobre las posibilidades prácticas para incorporar los aprendizajes de la experiencia.

Habiendo recorrido este arduo camino, podemos intentar respirar hondo de nuevo, salir a la intemperie, intentar encontrarnos y mirarnos a los ojos para sabernos ahí, capaces de establecer conexiones inesperadas y de abrirnos paso a prácticas de afectación y creatividad. Como ya se habrá notado, cargar las esperanzas en la idea de experiencia se relaciona con una especie de apuesta 'al' y 'con' el mundo. También es un (auto)llamado a la humildad, a entender que nuestro empirismo, siempre construccionista, y nuestro construccionismo, siempre empirista solo puede ser riguroso y crítico si está localizado y conectado 'con' esos mundos parciales poblados de híbridos –de los cuales somos parte–.

Una buena manera de despedirnos es, creo, subrayar el desafío que, de distintas maneras, está presente en las propuestas de los autores y las autoras con quienes conversamos a lo largo del texto. Se trata de tomarnos en serio lo que está dado en la experiencia, con su indeterminación y riesgos aparejados, para animarnos a describirla en la medida en la que va produciendo relaciones en sentidos que no hubiéramos podido prever de antemano. Aprender, dejarse instruir, dejarse guiar, afectarse.

Referencias

Barad, Karen. (1998). Getting real technoscientific practices and the materialization of reality. *Differences: a journal of Feminist Cultural Studies.* 10(2), 88-128.

Barad, Karen. (2014). Diffracting diffraction: cutting together-apart. *Parallax*, 20(3), 168-187. https://doi.org/10.1080/13534645.2014.927623

Blazquez, Norma. (2012). Epistemología feminista: temas centrales. En Norma Blazquez, Fátima Flores y Maribel Ríos (Coords.), *Investigación feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 21-38). UNAM; CEIICH; CRIM; Facultad de Psicología.

Canguilhem, Georges. (2011). *Lo normal y lo patológico*. Siglo XXI.

Despret, Vinciane. (2018). ¿Qué dirían los animales... Si les hiciéramos las preguntas correctas? Cactus.

Díaz, Jorge. (2018). Imagen colonizadora / imagen refractaria. Una crítica a las metodologías extractivistas de la academia que estudia el sur. *Mora (Buenos Aires)*, 24(1), 1-2.

Fausto-Sterling, Anne. (2006*). Cuerpos sexuados: la política de género y la construcción de la sexualidad*. Melusina.

Forti, Steven. (2022). Posverdad, *fake news* y extrema derecha contra la democracia. *Nueva sociedad*, (298), 75-91.

Fox Keller, Evelyn. (1982). Feminism and Science. *Signs*, 7(3), 589-602.

Haraway, Donna. (1995). "Género" para un diccionario marxista: La política sexual de una palabra. En *Ciencia, "cyborgs" y mujeres: la reinvención de la naturaleza* (pp. 213-250). Universitat de València.

Haraway, Donna. (2004). *Testigo_Modesto@Segundo_Milenio. HombreHembra©_Conoce_Oncoratón(R). Feminismo y tecnociencia*. Editorial UOC.

Haraway, Donna. (2018). *Como una hoja. Una conversación con Thyrza N. Goodeve*. Continta me tienes.

Harding, Sandra. (1997). *Ciencia y feminismo*. Ediciones Morata.

hooks, bell. (2021). *Afán: raza, género y política cultural*. Traficantes de sueños.

Lander, Edgardo y Lang, Miriam. (2022). Redes digitales, conocimiento y postverdad: los desafíos para la democracia en tiempos de pandemia. *Liinc em Revista*, 18(1). https://doi.org/10.18617/liinc.v18i1.5910

Latour, Bruno. (2001). *La esperanza de Pandora: ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Gedisa Editorial.

Latour, Bruno. (2004). ¿Por qué se ha quedado la crítica sin energía? De los asuntos de hecho a las cuestiones de preocupación. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, 11(35), 17-49.

Latour, Bruno. (2005). What is given in experience? *boundary 2,* 32(1), 223-237. https://doi.org/10.1215/01903659-32-1-223

Latour, Bruno. (2007). *Nunca fuimos modernos: ensayo de antropología simétrica*. Siglo XXI.

Lorde, Audre. (1988). Las herramientas del amo nunca desarmarán la casa del amo. En Cherrie Moraga y Ana Castillo (Eds.), *Esta puente, mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos* (pp. 89-93). ISM PRESS.

Mines, Ana. (2022). Sacudiendo supuestos, abriendo posibles, desafiando herramientas para hacer con. Provocaciones metodológicas y ontológicas con Vinciane Despret. *El banquete de los Dioses*, (10), 30-52. https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/ebdld/article/view/7408/6435

Pedersen, Morten. (Octubre de 2012). Common Nonsense: A review of certain recent reviews of 'the'ontological turn. *Anthropology of this century*, (5). http://aotc-press.com/articles/common_nonsense/

Pérez, Moira. (2019). Violencia epistémica: Reflexiones entre lo invisible y lo ignorable. *El lugar sin límites. Revista de Estudios y Políticas de Género*, 1(1), 81-98.

Real Academia Española. (s.f. a). Experiencia. En *Diccionario de la lengua española*. Recuperado el 14 de mayo de 2024, de https://dle.rae.es/experiencia

Real Academia Española. (s.f. b). Metáfora. En *Diccionario de la lengua española*. Recuperado el 24 de mayo de 2024, de https://dle.rae.es/met%C3%A1fora

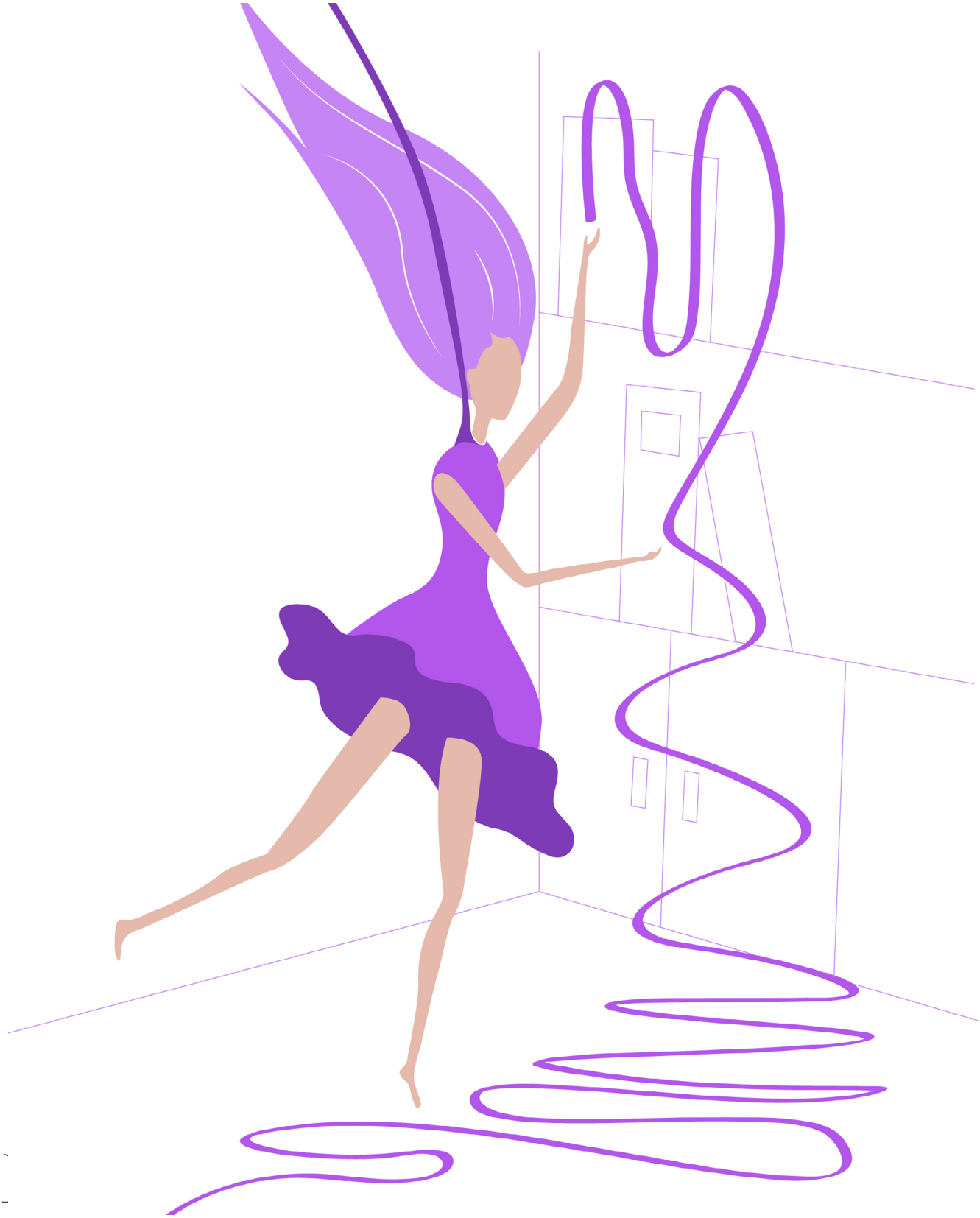
Savransky, Martina. y Pinho, Thiago. (2020). Pragmáticas do pluriverso: uma entrevista com o sociólogo e filósofo Martin Savransky. *Novos debates*, 6(1-2). https://doi.org/10.48006/2358-0097-6221

Scott, Joan. (2001). Experiencia. *Revista de estudios de género, La ventana.* 2(13), 42-74. https://doi.org/10.32870/lv.v2i13.551

Stengers, Isabelle. (2014). La propuesta cosmopolítica. *Pléyade (Santiago)*, (14), 17-41.

Stengers, Isabelle. (2019). *Otra ciencia es posible: manifiesto por una desaceleración de las ciencias.* Futuro anterior.

Stengers, Isabelle. (2020). *Pensar con Whitehead. Una creación de conceptos libre y salvaje*. Cactus.

Stengers, Isabelle. y Pignard, Philippe. (2017). *La brujería capitalista*. Hekht.

Trebisacce, Catalina. (2016). Una historia crítica del concepto de experiencia de la epistemología feminista. *Cinta de moebio*, (57), 285-295. https://doi.org/10.4067/S0717-554X2016000300004